

X

ENTRE PARÍS Y LONDRES.

Señor Antonín Eudeline.

Londres.

Por las cartas que recibe usted de sus parientes, mi querido Antonín, y por los periódicos de Francia, sabe usted ya porqué su amiga Sofía ha pasado tantos meses sin contestarle. En cuanto á lo que ha sido de mí, voy á contárselo con la brevedad posible para no molestarle.

Cuando usted se fué á Inglaterra, acababa yo de instalarme en la orilla izquierda del Sena, enfrente de Bercy, en los restos de un antiguo hotel Luis XV, de frontón florido, que está olvidado entre los talleres ahumados y las sórdidas viviendas de obreros colocadas á lo largo de un inmenso muelle ennegrecido por el polvo del hierro y del carbón. Pensaba permanecer allí hasta el día en que el asunto del *boulevard Beaumarchais* estuviese olvidado y archivado y ese salvaje de Lupniak pudiese salir de París sin peligro. Por el momento era preciso que el tal camarada se estuviese quieto. El día siguiente de su fatal empresa se encerró en un sobrado de la calle Pascal, cerca del Observatorio, en plena

Pequeña Rusia. Creí que no estaba allí seguro, en la convicción de que la policía empezaría sus pesquisas por ese barrio. Por fortuna, en el muelle en que yo vivía y á algunos pasos de mi antigua y señorial casita había un almacén de maderas perteneciente á una vieja con facciones de gran señora á cuya hija, atacada de una enfermedad cazi incurable, estaba yo asistiendo, porque no necesito decir á usted, amigo mío, que mientras no podía realizar mi viaje á Calcuta, abrí en mi casa un dispensario donde pasaban por mis manos todos los días las más variadas enfermedades de niños. Sin declarar á mi vecina que se trataba de Lupniak, obtuve que le tomase como vigilante nocturno en su almacén, á fin de que tuviese cuidado de que las chispas desprendidas de los trenes que pasan por la línea de cintura no prendiesen fuego á las maderas.

No se puede imaginar una existencia más completamente dichosa que la de aquel fanático, soñador y hombre de acción á la vez, vagando de noche por las calles de esteros alineados y simétricos, como jardines á la francesa, con sus bosques y sus claros y sus grandes pedazos de cielo tachonados de estrellas y recortados por los ángulos duros y sombríos de las pilas. De día no dejaba su cabaña portátil, especie de caseta de perro, alumbrada por dos agujeros y amueblada con una percha para la ropa, una tabla para los libros — astronomía y metafísica — y un estrecho camastro en el que meditaba ó leía las largas horas en que no conseguía dormir. Yo iba á verle con frecuencia, y pasábamos muchos ratos, sentados en el borde del camastro, discutiendo ese derecho á matar, ese derecho de alta justicia que se atribuyen los revolucionarios y que á mí me parece

soberanamente monstruoso. Lupniak no soportaba mis objeciones, y con la boca trémula de cólera me decía acercándome unos labios de escorbuto: « Dejarine era un infame, un bruto; yo no le he matado más que una vez y él ha quitado la vida á un ciento de seres. » Y si me permitía responderle daba tales saltos que por poco hacían volcar la cabaña.

Lo malo fué que no se contentó con mis visitas y quiso venir á mi casa para ver desfilar ante mi sillón de consultas todo este pueblo de París, tan pintoresco para expresar su miseria. Disfrazado con una peluca y unos anteojos que le daban el aspecto de un colega, se sentaba en un rincón de mi gabinete, especialmente los días en que el señor Alcide, el delicioso comunero que usted me recomendó, me traía su hijo. Á propósito, sepa usted que estoy á punto de poner de pie al pobre chiquillo: conozco ya su enfermedad. Es el hijo de un vencido, nacido de esa anemia moral, de ese miedo nervioso que su padre contrajo en los diez años que pasó en Numea y que le hace palidecer en cuanto ve el quepis de un guardia de orden público. El pobre niño tenía el mismo miedo, la misma vergüenza de vivir. Vivirá, sin embargo, porque he introducido el hierro y el fuego en aquel desventurado cuerpecillo y le he dado parte de mi sangre y de mis fuerzas. « Tienes que andar, muñeco, ó te las habrás commigo. » Durante las consultas, Lupniak hacía que Alcide le contase sus cacerías á los Canacos en la maleza, con el comandante Rivière, y las no menos feroces que los versalleses les hicieron á él y á los suyos, entre las tumbas del Père-Lachaise, escasamente alumbradas por unos cuantos faroles, en aquella noche de Mayo, última de la *Commune*, en la que los arrullos de

los ruisiñores en los cipreses del cementerio alternaban con las descargas de fusilería y con la trepidación de las ametralladoras. El enfermito se entusiasmaba también con aquellas aventuras heroicas á las que su padre, buen director de escena, daba un realce extraordinario imitando con los labios la vibración de las balas y el fuego de los pelotones castañeteando los dedos. Algunas veces se salían á acabar su historia á la orilla del río llevando al niño en su cochecillo, con los ojos brillantes y la cabeza apoyada en la mano. Y de este modo, mi pobre Lupniak dió lugar á que una tarde le echase mano la policía. Yo no lo supe hasta dos días después cuando la dueña del almacén de maderas vino muy apurada á decirme que no había vuelto á ver á su vigilante nocturno. Iba á ponerme ya en su busca, cuando recibí, bajo el aspecto de una inofensiva circular, una citación para presentarme aquel mismo día en el Palacio de Justicia y en el despacho del juez de instrucción. Me encontré allí con un hombre todavía joven, aunque trataba de envejecerse con un vetusto gorro de terciopelo y con las contracciones de su cara, y lo más vulgar é insignificante que se puede imaginar. Me negué á reconocer ni la más pequeña complacencia con Lupniak, que jamás me había hablado de sus proyectos de venganza y de muerte, sin embargo de lo cual aquel juez quiso hacerme decir y firmar mil horrores del ser á quien amó y á quien conozco como valiente y bueno, sin haber jamás tirado sino sobre bestias feroces ni destruído más que especies dañinas. Puede usted pensar hasta qué punto me sublevé ante tal pretensión y creer que no me quedé corta al incriminar al antiguo jefe de la policía rusa, un verdugo feroz, indigno de toda piedad. Al ver mi indigna-

ción se frunció la boca del juez, que hizo una seña al escribano y me dijo, mostrándome un gigantesco guardia que acababa de aparecer: « Lo siento, señorita, pero me veo obligado á detener á usted á disposición de la justicia. » Me tuvieron muchas semanas en la incomunicación más absoluta en una celda de la Conserjería, donde nadie vino á verme, pues hasta me daban de comer por un agujero, como si fuera una leprosa. Mi única preocupación durante aquellos largos días fué el recuerdo de los pobres enfermitos, cuyas imágenes dolientes poblaban mi sueño en cuanto sonaba el toque de queda.

Y es que, en realidad, amigo Tonín, no puede usted figurarse lo que son en mi vida esos niños. Yo había nacido para madre. Por tener unos cuantos pequeñuelos los hubiera robado. Dirá usted que lo más sencillo era casarme, pero ¿quién había de tomar por esposa á una mujer tan fea como yo? Esa ha sido la gran pena de mi vida; no una pena de mujer herida en su vanidad, sino el dolor de pensar que jamás tendría hijos. Por eso, ya que no podía ser madre como las demás, pensé serlo más que todas, y tener centenares de hijos para cuidarlos y arrullarlos, mecerlos en mis brazos horas enteras y dejar aplicar á mis mejillas las boquitas sin dientes de esos infelices á quienes amo con pasión. ¿Hay algo más conmovedor que un pequeño ser que sufre y no puede decir lo que tiene? Precisamente acababa de terminar la carrera de medicina y, ya reconciliada con mi padre, tenía el dinero suficiente para fundar mi obra de los niños enfermos. En aquel momento acabaron todas mis penas y todas mis inquietudes y sólo fuí desgraciada en la Conserjería donde me veía privada de mi tan numerosa como diminuta familia de enfermos. ¡Cuántas

veces, por la noche, oía decir á una vocecita suplicante: « Papá, anda, cuéntame la batalla del *Père-Lachaise* »; y al antiguo comunero que imitaba el ruido de los tiros dándose palmadas en la cabeza. Por fin, una tarde se abrió la puerta de mi calabozo y una voz me dijo: « Venga usted ». Me llevaron por una serie interminable de pasillos y de escaleras hasta el despacho en que me habían interrogado y allí el hombre del gorro de terciopelo me preguntó, ya sin dureza ni arrogancia, si la soledad me había refrescado la memoria. Hice un gesto evasivo y el juez, sin insistir, me dijo sonriendo: « La instrucción no es severa para con usted, señorita; tiene usted muy buenas amistades. » Y me miró con aire lánguido, de un modo que no es frecuente tratándose de cosas como yo. Llegué á creer que aquel joven ambicioso iba á pedirme mi mano, en atención á mis altas relaciones. ¿De dónde me venía aquella misteriosa buena suerte? No me atreví á preguntarlo y como en sueños vi firmar la orden de mi libertad.

¡Con qué alegría respiré el aire libre y con qué gusto, una vez en mi casa, reanudé mis consultas á toda mi clientela infantil. Solamente la dueña del almacén de maderas no me volvió á traer su hija, alarmada con aquella historia del vigilante nocturno, una especie de astrólogo que tenía su casilla llena de libros de magia, según se vió cuando aquellos señores de la prefectura fueron á apoderarse de ellos. Pero ¿quién les habría hecho venir? Esto es lo que nunca he querido saber. Yo creía haberle preservado de todo contratiempo rompiendo mis relaciones con los huéspedes de la Pequeña Rusia del Panteón y del Observatorio, y hasta con Geneveva Izoard á quien ya no veía, no por desconfianza

hacia esa noble criatura, sino porque sabía que estaba dominada por un sentimiento de una extremada violencia y que no se pertenecía.

¡Ah! querido Tonín; Dios nos libre del amor, que produce la más peligrosa de las borracheras. Si es cierto, como he oído decir, que los jóvenes de la edad de usted no piensan ahora en las mujeres, tanto mejor para ellos, porque irán más pronto y más en derechura al fin que se hayan propuesto...

Y ahora que le hablo á usted de mujeres; tuve hace dos días una singular visita. Acababa de cerrar mi consulta y de abrir las ventanas para que se fuera aquel olor de parto y de miseria, de hormiguero y de leche agria que me deja siempre mi triste clientela. Estaba fumándome un cigarrillo de mi país mientras mi pensamiento seguía en la corriente los barcos que descendían por el Sena á los resplandores del sol poniente, cuando entró en mi cuarto una hermosa señora, una rubia de formas opulentas, ricamente vestida, de ancho cuello de cantante y, á pesar de su entonación amanerada y de la pintura que embadurnaba sus labios y sus mejillas, de cara dulce y natural. Me habló de mi fundación y me preguntó si estaría dispuesta á recibir auxiliares y en qué condiciones. Dijo que se trataba de una amiga suya, una víctima de la sociedad, quebrantada, cansada de no hacer nada y avergonzada de la esterilidad de su existencia; una muerta, en fin, que quería resucitar. ¿Se trataría verdaderamente de una amiga ó de ella misma? Se veía en sus palabras un disgusto, un hartazgo de todos los placeres y de todos los lujos disfrutados sin tasa, que me dió una extraña idea de la sociedad parisiense y dejó en mí una gran impresión de tristeza. La dama se marchó

anunciándome la próxima visita de su amiga y me dió una tarjeta que decía:

LA SEÑORA DE VALFÓN

Los miércoles

Quai d'Orsay

Era sin duda una de las altas amistades que me atribuía mi juez de instrucción.

Pero nada de esto me daba luz sobre lo que tanta curiosidad tenía yo de saber, esto es, el Judas que había entregado á Lupniak. Alcide, confidente de mis sospechas, se había puesto también en campaña, pero más trágico y complicado que una novela de Gaboriau, echaba miradas misteriosas, hablaba en voz baja, media huellas de pasos y de manos en el suelo y en el pasamanos de la escalera, me daba citas, de noche, debajo de los puentes, y no tenía jamás nada que decirme. Los camaradas de la Pequeña Rusia estaban unánimes en acusar á Mauglas y pretendían que privado de sus gajes por la denuncia en plena Cámara del ministro de Negocios extranjeros, no había encontrado otro medio de congraciarse de nuevo con San Petersburgo que descubrir y hacer prender al asesino del general. « No tardaremos en convencer á usted, me decían, presentándola al traidor atado como un salchichón y obligándole á confesar delante de todos. » Yo dudaba, á pesar de todo, subyugada por la hermosa inteligencia de aquel hombre á quien no podía creer rebajado y envilecido hasta ese punto. Pasaron días y semanas. Llegó la vista de la causa Dejarine. Lupniak, después de haberlo negado todo en la instrucción á fin de dar tiempo para que su

cómplice se pusiese en salvo, se declaró culpable ante el alto tribunal y pronto á volver á empezar su cacería de fieras si alguna vez escapaba á la deportación perpetua que le esperaba.

Unos días después del proceso, recibí una invitación de la sociedad « *La Abeja* », calle de Rivoli número 4; se entra por el patio. El nombre de la tal sociedad me era absolutamente desconocido, pero no el de Deamoff, que escrito de través en la tarjeta, me recordó que los amigos de la Pequeña Rusia, á fin de burlar la vigilancia de la policía, alquilaban de vez en cuando á los empleados del « *Faro de la Bastilla* » y del « *Bazar del Hotel-de-Ville* » el sótano de una cervecería en que estos jóvenes se dedicaban á tocar la trompa de caza y á tirar al blanco. El día indicado, á la hora de la invitación, me fuí, pues, al número 4 de la calle de Rivoli y entré por un patio espacioso, en cuyo fondo una plancha de mármol decía en letras doradas « *La Abeja* » y señalaba con una flecha hacia la estrecha escalera de caracol que conducía al sótano...

Colgados en las paredes estucadas y abovedadas de una larga cueva alumbrada por luces de gas, se veían unos blancos de tiro, los reglamentos de la sociedad, algunos cuernos de pólvora y unas cuantas trompas de caza; y debajo, dos filas de bancos y una gran concurrencia de hombres y de mujeres cuyas caras febriles é inteligentes conocía en su mayor parte y que me acogieron con guiños de ojos y saludos sonrientes. La sala era más ancha y estaba mejor alumbrada en el fondo, y allí, en tres sillas separadas de nosotros por una larga mesa atestada de pistolas y de carabinas, estaban Deamoff y otros dos miembros de la Pequeña Rusia, duros

como jueces y silenciosos como verdugos. No bien me hubo sentado, se produjo un gran movimiento hacia la entrada, gritos, empellones; todo el mundo se puso de pie, y se vió aparecer sin sombrero, el pelo y la ropa en desorden, á Mauglas, atado de pies á cabeza, empujado ó, más bien, llevado por tres ó cuatro sólidos mozos de agilidad de jóvenes fieras, y detrás una muchacha alta y delgada, de ojos pálidos y sonrisa traidora y vestida de blanco como una desposada. Era la que había servido de cebo para la emboscada, y cuando el prisionero vió al entrar que toda llamada era inútil debajo de aquellas bóvedas y que el resistir á tal multitud era una locura, su primera palabra fué para la hermosa mujer que le había hecho morder el anzuelo con sus halagos de gata. « He aquí á dónde conduce la vanidad de escritor, dijo inclinándose;... dos cartas felicitándome por mi último trabajo han bastado para pescarme. Confieso, sin embargo, señorita, que tenía algún temor al asistir á su cita de usted y que en cuanto se cerró la puerta de la calle y su mano de usted tocó la mía... Pero ¡qué diablo! es uno francés y vanidoso, ¿verdad, mi vida? Usted debe comprender esto, usted que es polonesa, de esa Polonia en tres pedazos, como nosotros estaremos acaso mañana. » Y después, volviéndose repentinamente hacia la asamblea, dijo en tono de sarcasmo: « ¿En qué puedo servir á ustedes, señores? »

Deamoff y los otros dos, sin responderle, se pusieron á hojear un paquete de cartas encontrado en los bolsillos del infeliz y que extendidas sobre la mesa leían ellos sin apresurarse. Aquel silencio activo era horrible. El hombre, de pie en medio de la sala, hacía esfuerzos por tener alta la cabeza y firmes las piernas, que le tembla-

ban bajo todas aquellas miradas de odio... En aquel momento, querido Antonin, me acordaba yo del árbol de la libertad, de Morangis, de la llegada de los parisienses, los sábados por la tarde, y de los padres de Mauglas, que iban á esperar á su hijo, á aquel bueno y animoso muchacho que era toda su vida. ¡Y era el mismo el que desempeñaba ese siniestro pápel, del que vivía ya tan sustanciosamente en aquella época! ¡Y era el mismo Mauglas el que había entregado á nuestro amigo!... ¡Ah! Cuando Deamoff se levantó para decirle de qué se le acusaba, cerré los ojos por no ver descomponerse aquella triste cara por la angustia ó hacer el desagradable gesto de la mentira. Pero el acento valeroso y sincero de su réplica me obligó á mirarle. Tranquilo, con las manos en los bolsillos de su sempiterna americana de terciopelo, no había en su semblante rubicundo y violento, brutalmente fustigado por el gas, ni la más pequeña traza de miedo ni de trapecería.

«¿Para qué, dijo, me he de tomar el trabajo de engañaros? Estoy en vuestro poder y no tengo esperanza de salir sano de la ratonera, pero eso no es una razón para que me acuse en falso. No tengo nada que ver con la prisión de Lupniak.»

Deamoff: «¿No ha formado usted parte de la policía rusa en París como indicador?»

Mauglas, con la mayor sangre fría: «He sido indicador, pero ya no lo soy: la muerte de Dejarine me hizo perder mi plaza.»

Deamoff: «Usted ha escrito y suplicado que le repusieran; hay aquí dos respuestas del ministro de la policía en San Petersburgo.»

Mauglas: «En efecto, el empleo era bueno y quería recobrarle.»

El cinismo de estas palabras levantó un rugido de cólera en la sala; Mauglas respondió con un grito y un ademán de indignación y dijo blandiendo dos puños apretados y macizos como pesas de gimnasio:

«Me hacéis reir... Como que la vida es fácil y no hay prisas ni empujones para ganarse el pan... ¿Os pregunto yo cuántas bocas tenéis que alimentar, cuántos hijos y cuántos vicios? ¿Os pregunto si os gusta lo bueno, lo que cuesta caro?... ¡Ah! Querría yo contaros mi existencia, cómo caí en este basurero y á cuántos he hecho dichosos con mi infamia... Pero creeríais que trataba de enterneceros y no es tal mi intención.»

Nos miró á todos sucesivamente como para contarnos: «Preguntaréis qué es lo que busco, dijo; estoy mirando cuántos habrá entre vosotros, hombres ó mujeres, que quisieran tener la plaza que yo he perdido y que acaso la han solicitado ya... ¡Ah! así es, de seguro.»

No pudo acabar; todos se levantaron aullando y en ademán de caer sobre él, pero no sé por qué, al ver aquella doble fila de garras y de dientes, me vino la idea de que los que más gritaban eran los que más deseaban el empleo de polizonte.

«Lo indudable, dijo uno de los jueces dirigiéndose á Mauglas, es que usted ha hecho cuanto ha podido para conservar su puesto de indicador. Lo prueba esta carta de un joven á quien usted había ofrecido la mitad de su sueldo si quería sustituirle en los sitios en que era usted conocido... Más leal que usted, ese joven rehusa; le falta valor para introducirse entre personas honradas á fin de engañar su confianza y dice que no podría hacerlo.»

De todas partes salieron voces que decían:

« ¡ Su nombre! ¡ su nombre! »

Yo conocía ese nombre: desde la llegada de Mauglas había acudido á mi mente. Y cuando abrieron la carta, mi corazón, apretado como con un torno, no empezó de nuevo á latir hasta que se pronunció la frase: « El joven rehusa ». Ya lo oye usted, querido Antonín, su hermano ha rehusado, porque era el nombre de Raimundo el que aparecía al pie de aquella carta. Había acertado; puedo decirlo ahora, al confesar mi angustia... Pero, ¿ por qué tenía yo la certidumbre de que oiría pronunciar ese nombre y no otro alguno? En primer lugar porque en dos ó tres ocasiones había encontrado á Raimundo paseando con Mauglas en íntima conversación. Después porque conozco muy bien al pobre Raimundo, siempre el mismo desde su niñez, débil y vanidoso, sin voluntad ni energía. Le he visto envidiar á usted, furioso porque le veía ganar la subsistencia de la familia y sustituir su actividad y su valor al irrisorio derecho de primogenitura de que él se enorgullece. Así es que la última vez que le vi del brazo de ese tunante que acaba de ser denunciado en plena Cámara, acudieron á mi espíritu las más bajas suposiciones. Y es que ese hombre es peligroso, inteligente y buen diagnosticador de las personas. Conociendo al muchacho y sabiendo su blandura no ha debido conformarse con la primera negativa... ¡ Con tal de que... ¡ Dios mío!... Pero ya hablaremos de esto en otra ocasión. Acabaré ahora mi aventura del polizonte.

El cinismo y la insolencia de Mauglas me hacían temer un desenlace trágico. Cuando después de un largo conciliábulo de Deamoff y sus asesores, el mismo Mauglas

se vió de nuevo agarrotado y tendido á lo largo sobre la mesa, tuvo un momento de espanto y dijo con voz cambiada y pastosa, echando enderredor una mirada de miedo: « Supongo que no iréis á sangrarme como á un cerdo ». No; se trataba solamente de marcarle la cara, de estamparle en la frente con un hierro ardiendo una enorme mosca verde para señalar su infamia y poner á todo el mundo en guardia contra él donde se presentase. No tuve valor para asistir á aquel suplicio, y mientras el miserable sufría y se agitaba bajo el hierro candente y los rusos tocaban las trompas y disparaban tiros para apagar sus gritos, me escapé apresuradamente tapándome los oídos.

Le había á usted prometido darle noticias; supongo que no se quejará de mí. ¿ Qué puedo decirle ya? Que he encontrado á nuestra pequeña Dina al salir del despacho central, con su saquito en la mano, como siempre, y con su gracia infantil y vistosa. El cuento de hadas de la pobre *Cendrillon*, repentinamente interrumpido, no ha alterado sus ojos claros ni su tez de rosa. No ha vuelto á ver á su príncipe, á quien se llevaron, en cuanto fué posible hacerlo sin gran peligro, y está en la *Engadine*, con su padre, casi tan enfermo como él. Pero no importa; *Cendrillon* tiene fe; cree en sus medallas. Izoard pretende que eso es « idolatría », pero yo creo — ¡ pobre hombre! — que en este momento la idolatría le sería muy útil también á él, porque le ayudaría á soportar las grandes penas de que se siente amenazado. Su plaza del palacio Borbón está muy en peligro; aquella gente encuentra molesto al viejo del 48 que piensa en alta voz y demasiado claro. Y por muy preciosa que sea

para él su tebaida de Morangis, como él la llama, y aunque repita constantemente: «Yo soy un solitario, un salvaje que no necesita á nadie y se basta á sí mismo», la verdad es que no hay un hombre á quien guste tanto hablar, ver á la gente y agitarse como á ese viejo marsellés, siempre en plena *Cannebière*. Si le dejan cesante, se morirá de tedio en su tebaida, ahora sobre todo, que le falta su hija. Eso es, aunque él lo niegue, lo que ensombrece el carácter de nuestro amigo y lo que da á su entonación un eco duro y febril. Su hija se le escapa, ya no le pertenece, como no pertenece tampoco á sus antiguas amigas. Todos aquellos hermosos proyectos que hacíamos juntas, nuestro viaje á la India, el nuevo asilo que íbamos á fundar en Calcuta, del que Genoveva sería directora; todo se ha borrado en su espíritu. El padre ha querido proponer un matrimonio, pero ha sido inútil. La pobre muchacha se considera como casada, pero el hombre á quien ama no puede casarse con ella y ambos se ven reducidos á una vida de subterfugios y de mentiras que acabará, — lo temo — por alguna catástrofe.

Supongo, querido Tonín, que estando usted tan lejos de todos nosotros, no sabrá ni una palabra de la novela á que aludo, pero conoce usted á Izoard como yo. Si llegase á averiguar que Genoveva se marcha á París todos los días después del almuerzo de Morangis y no vuelve hasta el día siguiente á la misma hora, su cólera sería terrible. No me atrevo ni á pensarlo... Y, sin embargo, cuando hablo con él, sus miradas centellantes y sus fruncimientos de cejas me hacen creer que tiene alguna sospecha. Habría que prevenir á Genoveva, pero yo no la veo nunca. La pobre muchacha huye de mí y solamente tengo noticias suyas cuando voy

en rato á la calle de *Seine*, á la *Lámpara maravillosa*. De este modo supe por su madre de usted — la buena señora Eudeline, siempre en el escritorio leyendo sus libretos del tiempo viejo — que Raimundo se ha dedicado á escribir y que está ganando ahora mucho dinero, tanto, que satisface todos los gastos de la casa sin pedir á usted nada. Para cerrar el almacén no ha podido, sin embargo, reemplazar á usted y es Dina la que pone las tablas todas las noches y las quita todas las mañanas, lo que le estropea las uñas y le produce esos momentos de cólera en los que parece una gatita mimada.

Confieso á usted, amigo mío, que encuentro extraordinario que Raimundo, enteramente nuevo en la literatura, gane tanto dinero como dicen. He conocido pocos literatos en Rusia y ni uno solo en Francia, pero lo que yo sé acerca de los rendimientos del oficio no concuerda ni poco ni mucho con las afirmaciones de la señora Eudeline. Creí que su madre de usted se hacía ilusiones y quise informarme, lo que me fué sumamente fácil, pues, como usted sabe, los Alcide son porteros de la casa en que vive Raimundo. La mujer, sobre todo, la antigua directora de la *Commune*, la que calzaba guantes de no sé cuántos más botones que los de la emperatriz, me inspiraba absoluta confianza y supe por ella que su inquilino «no hacía una vida como la de todo el mundo» y tenía su casa montada en grande, daba comidas dos veces á la semana é invitaba á sus veladas á muchos amigos, escritores como él y todos jóvenes, pero tiesos y graves. Parece, eso sí, que todos tenían un talento y un saber prodigioso, y que el día en que llegasen á salir á luz, á presentarse al público, ninguna de las ilustraciones del pasado valdría tres cominos al lado suyo. Por de

pronto, había uno á quien Raimundo abrazaba llamándole « su pequeño Flobert » y otro que era « su nuevo Renan ». Á él, todos aquellos señores le trataban de « querido maestro », pero cuando hablaban de él en la escalera le llamaban sencillamente « el simbolista ». La señora Alcide no sabía por qué y daba mil vueltas á su cabeza para averiguar con qué se comería aquello. Además, como la buena mujer no se acostaba hasta muy tarde las noches de recepción, para apagar el gas, oía que los invitados, al marcharse, criticaban al anfitrión, sus veladas y su literatura... ¡Ah! el pobre simbolista... Uno de aquellos mendigos, con el último bocado todavía entre los dientes, llegó á decir en cierta ocasión : « En resumen, estas comidas le cuestan caras y nadie sabe de dónde viene el dinero... » La señora Alcide se ahogaba de indignación al repetirme la frase, sin sospechar ni por lo más remoto que yo también me preguntaba dónde podía encontrar Raimundo tantos recursos. El libro que está escribiendo, inclinado sobre su mesa noche y día, no se ha publicado aún, y nadie adelanta dinero por el primer libro. No está empleado en ninguna parte y no da lecciones... ¿Qué hace entonces? Usted sabe sin duda á qué atenerse, mi querido Antonín, y me encuentra seguramente muy indiscreta. Perdona usted á mi buena amistad, pero la aventura de Mauglas me turba el espíritu.

Un detalle todavía. ¿Encuentra usted en Londres, como en otro tiempo, algunos emigrados rusos? ¿Qué piensan de la prisión de Lupniak? Desde lejos se juzga mejor. Aquí, no puedo pasar de suposiciones, y eso es fastidioso.

SOFÍA C.

Señorita Sofía Castagnozoff.

Paris.

¡Ah! señorita Sofía; cuánta pena me ha causado su carta... Y esa pena es honda y viene de antiguo, pues hace mucho tiempo que usted no quiere á mi hermano mayor y es injusta con él hasta el punto de no creerle honrado y hasta suponer... ¿Es, pues, cierto que fué usted dichosa cuando supo que Raimundo Eudeline, premiado en el concurso general, doctor en derecho, licenciado en letras, presidente de la A. si hubiera querido, rechazaba los ofrecimientos del miserable Mauglas?

Pues yo puedo asegurar que grité de cólera al leer aquel párrafo de su carta de usted; que lloré de lástima y de vergüenza ante aquellas líneas que á usted le habían dado gusto. No, señorita; usted no conoce á mi hermano ni le ha conocido nunca. Si yo dijese á usted los sacrificios que ha hecho, de los que he sido testigo, sacrificios de amor, de ambición personal, realizados por nosotros, le tendría usted por un héroe. Pero él no se ha jactado nunca de sus acciones y de este modo unas personas tan buenas como usted y como Pedro Izoard han podido vituperarle el haber sido durante algunos años inferior á su misión é incapaz de sostener la familia. ¿Quién tiene la culpa de que el latín, el griego y la filosofía, únicos instrumentos que le han puesto en las manos, no sirvan para las profesiones prontamente útiles? ¿Cómo hacerse abogado, profesor, médico, diputado, cuando el tiempo apremia y hay que vivir y sostener toda una casa? Por fortuna se ha visto que tenía un

18.

gran talento literario desde que era un niño; — ¿se acuerda usted del premio de disertación francesa en el concurso general? — Gracias á eso, uno de los primeros editores de París ha hecho á Raimundo los adelantos de dinero suficientes para reemplazarme en el cuidado de la familia, y eso sin más que haber visto el plan de su novela, un estudio social muy extenso. Si alguna vez aún preguntase alguien: « ¿De dónde viene el dinero? » puede usted responderle lo que acabo de decirle, mi querida Sofía. Dentro de poco se publicará el libro, el editor recobrará sus fondos y ante el éxito enorme que se prepara no será ya posible la calumnia.

Esas acusaciones de egoísmo, de sequedad de corazón, de desprecio hacia la mujer, hacia la patria y hacia todos los deberes sociales que dirige usted á mi hermano, debe usted dirigirlos, más que á él, á todos los de su edad y de su profesión. Los conozco por experiencia. Dos ó tres veces me ha llevado Raimundo á un café del *boulevard Saint-Michel* donde se reúnen unos jóvenes escritores amigos suyos, á quienes llaman « Los Voraces ». El lionés Claudio Jacquand, el de nuestra Dina, los bautizó con ese nombre, que es el que daban en otro tiempo los ricos fabricantes de sederías de la plaza de los *Terraux* á los pajarracos de aquel formidable arrabal de la Croix Rousse cuyas cuevas pedregosas vibraban al choque de las lanzaderas y de los telares. Verdaderamente, después de estar una hora entre los amigos de Raimundo oyéndoles quitar el pellejo á sus predecesores literarios con ese odio envidioso y ese afán de aplastar, de aniquilar por todos los medios posibles á los hombres y á las obras que les interceptan el camino, comprendí perfectamente ese

nombre de « Voraces ». Daba asco oír los improprios y las crueldades que allí se decían bajo el pretexto de que aquellos jóvenes tenían formado otro concepto de la vida. ¡ Bueno estaba el tal concepto!

« Mi padre, el consejero, era un canalla delicioso », decía tranquilamente en la mesa inmediata un jovenzuelo bien puesto y perfumado. Otro, enfrente de él, de larga cabeza congestionada y ojos saltones y viscosos, hizo esta confidencia á sus amigos: « Acabo de saber que mi madre fué mucho tiempo querida de mi preceptor. Pienso decirlo en mi primer libro y creo que hará un gran efecto. » Por fin, tres jóvenes escritores tendidos en un diván cerca de nosotros no se ocultaban para declarar que si había guerra tirarían sus fusiles á una zanja y nadie, ni los juicios sumarios de los consejos de guerra, les haría avanzar hacia el enemigo... La patria en armas, la defensa nacional;... todas esas cosas eran sandeces que no servían para nada... Y lo que me indignaba sobre todo era que todos aquellos jóvenes decían estar atormentados por una hiperbólica necesidad de acción y pretendían hablar en nombre de la juventud francesa, lo que es una horrible mentira, porque la juventud no está formada solamente por unos cuantos centenares de literatos ebrios de vanidad y de tinta, sino también por todos los demás... ¡ Ah! yo hubiera dicho buenas cosas á todos aquellos « Voraces » si no hubiera sido por la tartamudez que usted conoce. Pero mi hermano se encargó aquella noche de hacerles oír, y con gran fuerza, lo que se quedaba entre el temblor de mis labios, y al escucharle hubiera usted comprendido que superior es á los que le rodean.

En aquellas reuniones literarias del *boulevard Saint-*

Michel salía á relucir con gran frecuencia una frase que los amigos de Raimundo repetían á propósito de cualquier cosa, de un detalle de trajes ó de costumbres, de un uso cualquiera de nuestro país : « Eso es muy francés... ¡Cosas de Francia!... » Y la tal frase iba siempre acompañada de encogimientos de hombros y de sonrisas de desdén. De lejos y, sobre todo, en este rincón de Inglaterra en que habito hace unos meses, ese modo de despreciar á su país, de ponerle por debajo de todo para darse á sí mismo un aire de superioridad, me parece pueril y ridículo. Aquí, cuando se dice de algo que es muy inglés es para indicar que ese algo es perfecto. Sus más insignificantes costumbres, sus menores glorias son para ellos venerables y sagradas, y según la frase de uno de sus poetas, en el suelo anglosajón todo grande hombre que cae está seguro de levantarse en seguida convertido en bronce ó en mármol. ¡Qué diferencia entre nuestro irrisorio Panteón, donde á duras penas encerramos dos ó tres celebridades para olvidarlas, y esta inmensa catedral de Wesminster, en la que están enterrados, con los reyes, los más grandes poetas de la vieja Inglaterra ! Si, los ingleses son ciertamente superiores á nosotros, pero es por su respeto á sí mismos y á su nación. Aquí no se conoce la palabra guasa.

Amiga Sofia, dejo á usted, porque me llaman al taller. No piense usted mal de Raimundo, se lo ruego, y que nunca acuda á su mente el nombre de mi hermano asociado al de Mauglas. Si usted supiera... Su última carta me ha puesto en la cabeza un millar de alfileres muy punzantes, que me hieren en cuanto pienso en Raimundo.

ANTONÍN.

XI

UNA FAMILIA FRANCESA.

En la estación de Calais y en una mañana amarillenta y envuelta en una niebla que parecía haber pasado el estrecho con Tonín, nuestro obrero, recién desembarcado, estaba comprando periódicos en el puesto, menos para leer que para absorber en ellos su pensamiento hasta París, tantas eran las cosas que le atormentaban, además de su comercio, tan pesado para sus jóvenes hombros. En primer lugar el sorteo, que se aproximaba.

« ¿Quieres que juegue yo la suerte en tu lugar ? Yo siempre he tenido buena mano, » le había escrito su principal, Esprit Cornat, el antiguo miembro de la Constituyente, sólido y vigoroso á los ochenta y dos años como sus amigos Schœlcher, Julio Simón y todos los veteranos del 48. Pero Tonín no había aceptado, queriendo correr su suerte personal y tratar también de resolver sobre el terreno el problema que Sofia Castagnozoff le había planteado tan directamente. Tonín sabía ya que los editores no adelantan dinero sobre una obra de autor desconocido. ¿ De dónde salían, entonces, los fondos de que su hermano mayor disponía para sí y para los suyos?... ¿ Del asqueroso oficio de Mauglas ? No : solamente la fantástica imaginación de la rusa